

Entre los debates teóricos del posconflicto y la realidad colombiana. Una aproximación al caso de Nariño

Jerónimo Ríos Sierra¹
Egoitz Gago Antón²

95

Introducción

El siguiente trabajo busca favorecer una aproximación a uno de los conceptos más recurridos y, generalmente más desvirtuados, que se relacionan con el conflicto armado colombiano: el posconflicto. Ello, muy particularmente, teniendo en cuenta el escenario de superación que plantea el actual diálogo de paz con las FARC en La Habana (Cuba)³.

1 Jerónimo Ríos Sierra es profesor asociado de la Facultad de Administración, Finanzas y Ciencias Económicas de la Universidad EAN. Doctorando en Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid (jeronimo_rios@hotmail.com; jriossie@ean.edu.co)

2 Egoitz Gago Antón es profesor asociado de la Facultad de Relaciones Internacionales de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Doctor en Estudios de Paz por la Universidad de Bradford.

3 El presente texto se escribió durante el proceso de paz de La Habana.

La intención es mostrar que no siempre los medios de comunicación y algunos trabajos académicos se ajustan a la realidad teórica y práctica que presenta, el caso colombiano.

El texto inicia con una aproximación teórica que pretende responder qué se entiende por posconflicto dentro de la teoría de estudios de paz y, especialmente, en atención al proceso de construcción de paz (*peacebuilding*). Este proceso requiere de una visión integral y desarrollada con base en diferentes momentos y etapas que recogen dos de los autores más citados en las investigaciones para la paz: John Paul Lederach y Johan Galtung.

Así, tras mostrar sus diferentes aportaciones, consideraciones y reflexiones respecto de lo que para ambos representa un modelo de construcción de paz, sus necesidades y requisitos, se plantean dos consideraciones a tener en cuenta. La primera, más breve, gira en torno a examinar hacia dónde apuntan los debates académicos más relevantes en la actualidad. La segunda, de mayor proximidad hacia la realidad colombiana, da cuenta de las particularidades que la violencia directa y la violencia estructural presentan en uno de los departamentos más violentos de Colombia: Nariño. Lo anterior, con el fin de visibilizar las dinámicas que el conflicto armado presenta en la actualidad y, lo más importante, invitar a la reflexión crítica sobre las consideraciones reales (y las posibilidades) de un posconflicto en el país.

Una aproximación teórica al concepto de postconflicto

Los trabajos en estudios para la paz de Johan Galtung (1998, 2003), John Paul Lederach (1998, 2005), Oliver Ramsbothan, Tom Woodhouse y Hugh Miall (2011), así como los de Chester Crocker, Fen Osler Hampson y Pamela All (2001, 2015) sirven para esbozar el concepto de posconflicto.

La idea de posconflicto es de gran polémica en el seno de la comunidad académica. Se trata de una idea generalizada que concibe que, casi por naturaleza, el posconflicto no es más que la situación que surge tras el fin de la violencia en un entorno de conflicto armado.

La violencia no es homogénea, ésta muta, tiene varias caras y factores. Galtung (1998) define sus dimensiones en violencia estructural como aquella en la cual sus estructuras imposibilitan la satisfacción y por ende permite la negación de las necesidades, directa como aquella que es visible y responde a actos directos de violencia y cultural que es la que posee un marco que legitima la violencia y en

efecto la concreta, y Fisas (2002) examina las aproximaciones basadas en el poder y la comunicación.

En un entorno de conflicto violento estas formas de violencia se entremezclan y varían. El fin o el atenuamiento de una de sus formas pueden dar lugar a mecanismos en entornos de ‘posconflicto’, incluso cuando éste sigue existiendo. Lo anterior se refiere a que la propia violencia tiende a transformarse sin desaparecer totalmente, significa que dichos atenuamientos generan nuevos escenarios transformados en los cuales la violencia persiste bajo otras formas. Un grave problema del término de posconflicto es tratar el conflicto en sí mismo como categoría de análisis. El posconflicto hace referencia a una realidad en la cual el conflicto ha dejado de existir. Nada más lejos de la realidad, esta concepción va en contra del cuerpo básico académico sobre resolución de conflictos.

Para autores como Fisas (2002), Galtung (2003), Lederach (1998), Vinyamata (2001) o Woodhouse et al. (2011) el conflicto se entiende como una fuerza social que no debe ser rechazada, especialmente, en tanto que dispone de un potencial constructivo a la vez que destructivo. La resolución de conflictos se entiende como una herramienta que invita a la transformación para la salida pacífica y sin violencia de los propios conflictos sociales. Es decir, conviene optar por una salida concertada y sin violencia en la construcción de paz.

La construcción de paz como concepto

Tradicionalmente se ha entendido la reconstrucción o ‘posconflicto’ como el periodo que viene tras el fin de la violencia o de la guerra. En la actualidad, por la alta complejidad de los entornos de violencia, en muchas ocasiones este término se usa de forma inadecuada.

Ahora bien, el término ‘construcción de paz duradera’ (*peacebuilding*) incluye procesos como construcción de Estado, construcción de nación o reconstrucción del tejido social. Si bien la construcción de paz incluye estos procesos, hay que aclarar que el término es mucho más amplio. Es decir, un proceso de construcción de paz, *stricto sensu*, culmina con un cambio radical de cultura respecto de la violencia, sustituyendo una eventual cultura de violencia por una cultura de paz (Fisas, 2002; Woodhouse et al., 2011). En efecto, la construcción de paz busca aliviar y resanar las fisuras sociales que subyacen de los conflictos armados.

La recuperación que ocurre después de un periodo de conflicto violento es material para la controversia. Para autores como Mary Fitzduff, la reconstrucción “implica volver a un pasado que ejemplifica los mismos factores que crearon el conflicto” (Fitzduff, 2004). En cambio, otros autores, como Michael Roper, recomiendan que “evitar el término reconstrucción puede resultar en la eliminación del derecho de los afectados por el conflicto a recuperar sus vidas” (Roper, Ashplant, & Dawson, 2004).

Lo único en lo que la mayoría de los autores coinciden es en la naturaleza novedosa del proceso de reconstrucción. Por lo tanto, no se trata de recomponer la comunidad social y política de la misma forma que existía antes del episodio violento. Más bien, se trata de crear nuevas formas de entender la política y la sociedad, construyendo una comunidad política en la que la necesidad del uso de la violencia como resolución de las disparidades sea relegada por mecanismos inclusivos y, en todo caso, pacíficos.

Así, la construcción de paz aparece después de un largo proceso de negociación, toda vez, precedido de una alta consideración sobre el conflicto (Lederach, 1998). El objetivo final es alcanzar una paz sostenible. De esta manera, siguiendo a Woodhouse, Ramsbothan y Miall (2011), la construcción de paz comienza como un proceso de Intervención-Reconstrucción y Retirada⁴ que consta de las siguientes fases:

- a. *Seguridad*: Desarme, desmovilización y reintegración de excombatientes, incluyendo niños soldados; reforma del sector seguridad; desminado; eliminación de armas ligeras.
- b. *Marco Político*: Democratización de partidos políticos, medios de comunicación, ONGs, e inculcación de cultura democrática; buen gobierno a través de mecanismos de control, estado de derecho y sistema judicial; construcción y fortalecimiento de las instituciones; derechos humanos.
- c. *Fundamentos Socio-Económicos*: Reconstrucción de infraestructuras económicas, de salud y educación; repatriación y retorno de refugiados y desplazados; seguridad alimentaria.
- d. *Reconciliación y Justicia*: Diálogo entre miembros de grupos antagónicos; diálogo entre comunidades de base; construcción de puentes de entendimiento; comisiones de verdad y reconciliación; terapia para superar el trauma y atención a víctimas.

4 Por sus siglas en inglés, Intervention-Reconstruction-Withdrawal (IRW)

Asimismo, un factor importante para el correcto proceder de estos procesos termina siendo la inclusión del Estado y las instituciones políticas, en la medida de lo posible, bajo la supervisión de la comunidad internacional y las organizaciones internacionales. Normalmente, en los casos de conflicto prolongado, el Estado ha sido actor principal del mismo y por tanto, el papel de las instituciones políticas obliga a plantear un proceso de auto-crítica y renovación.

Como se señalaba anteriormente, la construcción de paz necesita de la creación de instituciones estables que aseguren el acceso a bienes públicos básicos a la mayoría de la población, lo cual implica una (*re*)*imaginación* del Estado en todos los niveles. Una (*re*)*imaginación* que viene acompañada de una reinención de las relaciones sociales y afectivas, necesarias a efectos de entender al ‘otro’ como un igual (Lederach, 2005; Lederach & Lederach, 2014).

La reconstrucción de las sociedades divididas

Sin duda, el trabajo más amplio realizado sobre la construcción de paz lo ha realizado el teórico norteamericano John Paul Lederach. En su trabajo *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas* (1998), Lederach presenta un mapa claro sobre las causas de los conflictos prolongados y la forma de abordarlos de forma satisfactoria. Para ello, parte de la hipótesis de entender que las sociedades profundamente divididas son enormemente complejas, víctimas de conflictos que se escapan de la categorización clásica de los mismos, lo cual se aproxima a la noción utilizada por Mary Kaldor en su categorización de las “nuevas guerras” (Kaldor, 1998).

Estos conflictos están caracterizados por una pauta sociológica basada en la cercanía de los grupos en conflicto y en la falta de mecanismos para abordar el creciente antagonismo (Lederach, 1998: 37). Además de ese componente sociológico, los conflictos prolongados tienen dos rasgos determinantes: el fraccionamiento y la difusión de poder entre una multitud de grupos con una cuota de poder similar pero, a su vez, vista como insuficiente (Lederach, 1998: 38).

Finalmente, estos conflictos se basan en viejas relaciones, por lo tanto son conflictos prolongados o intratables. Ante este panorama, resulta vital identificar las falencias de la aproximación clásica a la construcción de paz, haciendo necesaria la creación de formas innovadoras que den respuesta a los problemas existentes.

En otras palabras: limitación de la acción del Estado y reparación de las relaciones sociales y de poder (Lederach, 1998: 43).

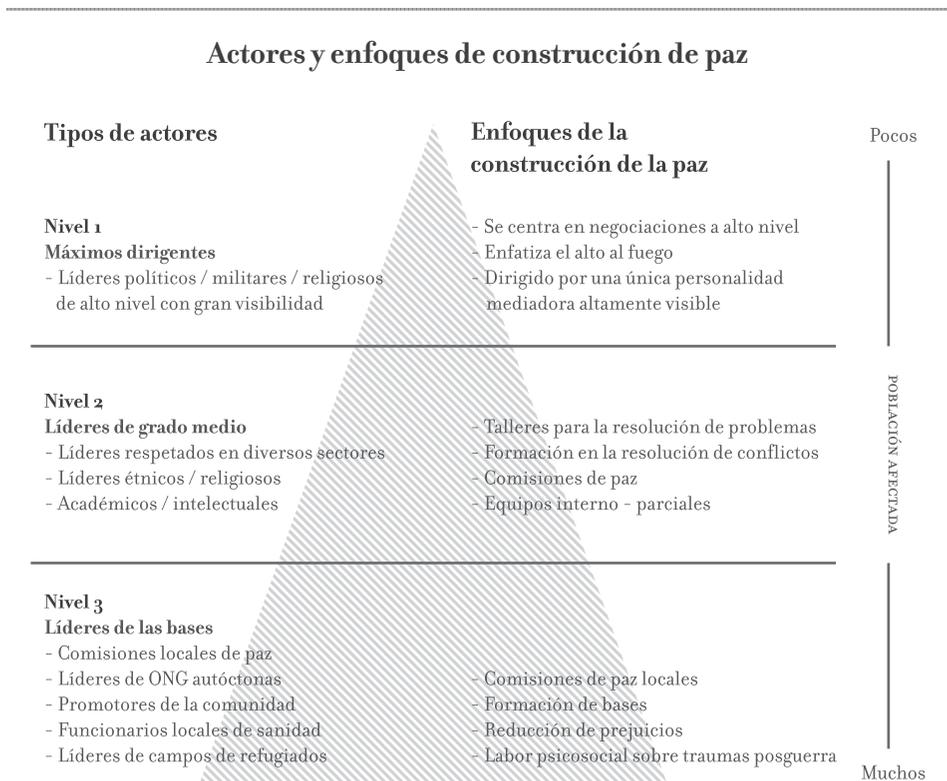
Para Lederach la construcción de paz es un proceso integral en el que hay que prepararse para cambiar factores amplios. Por lo tanto, la construcción de paz no es solo un proceso sectorial, sino un proceso global que repercute a todos los aspectos de una comunidad política (desde la creación de redes sociales sanas hasta la reconstrucción de infraestructuras físicas). Para ello, el autor plantea dos dimensiones importantes: los marcos temporales y la vinculación de los diversos aspectos del proceso de construcción de paz.

Normalmente los procesos de construcción de paz, así como los propios procesos de paz, son procesos a muy largo plazo que están basados en el desarrollo sostenible y la cultura de paz. Según Lederach (1998:104) requiere de cuatro fases:

- Intervención en la crisis – Acción inmediata
- Preparación y formación – Planificación a corto plazo
- Diseño de cambio social – Reflexión a una década vista
- Sistema/relación. Objetivos y definición – Visión generacional

Además de lo anterior, Lederach introduce la naturaleza de los actores en la construcción paz en función de la tipología que establece. En la siguiente gráfica se determinan diferentes enfoques en la construcción de paz que terminan siendo necesarios a fin de salvaguardar un escenario de éxito.

FIGURA 1



Fuente: Lederach (1998, p. 66)

En el anterior gráfico se observan los distintos actores del proceso de construcción de paz y sus particulares enfoques, los cuales deben realizarse de forma integrada. Lederach aboga por un sistema de construcción de paz inclusivo, a todos los niveles, y defiende la idea de que, sin tener en cuenta la globalidad de actores y de enfoques, el proceso de construcción de paz está propenso al fracaso.

En el nivel más alto de la pirámide aparecen los actores de liderazgo alto (líderes políticos y militares). Estos actores son muy visibles, suelen tener posiciones/intereses muy diferentes en el proceso de paz (Lederach, 1998: 68). Estos actores deben realizar un modelo de negociación de alto nivel, liderados por personas de alta visibilidad.

En segundo lugar, se presentan los actores de liderazgo medio, de posiciones respetadas pero sin la incidencia política de los anteriores. Los ejemplos claros son líderes religiosos, académicos o miembros de ONGs importantes (Lederach, 1998:

69). Estos líderes tienen contacto con los dos niveles de la pirámide, lo que les hace particularmente importantes a la hora de articular los esfuerzos en la construcción de paz. Los esfuerzos formativos son especialmente interesantes porque incluye equipos de expertos, comisiones de paz y talleres de resolución de conflictos.

Finalmente, los líderes de las bases representan a las masas. Son personas que han sufrido directamente el conflicto y la violencia. Estos líderes deben afrontar las crisis cotidianas y son líderes de ONGs locales, líderes comunitarios y personalidades de las comunidades afectadas. Conocen la problemática local de primera mano, así como las dinámicas políticas y sociales. En este nivel se producen esfuerzos basados en la superación psicosocial del trauma y la formación de bases, dando lugar a la superación de los prejuicios en la comunidad (Lederach, 1998: 82-83).

En suma, la aproximación de John Paul Lederach a la construcción de paz se caracteriza por reconocer la extrema complejidad de los conflictos actuales. Su propuesta se centra en entender de manera exhaustiva los elementos que causan y acompañan el conflicto para poder tratarlas de manera adecuada. Para ello, centra su propuesta en alcanzar el momento de la reconciliación, en la que las heridas sociales sean sanadas y se alcance una cultura de paz plena.

102

Dicho de otro modo, la construcción de paz para Lederach es un proceso holístico, en el que todos los actores deben estar involucrados. Para ello identifica tres tipos de actores con distinto nivel de liderazgo: Alto, medio y de base. Estos tres tipos de actores tienen características diferentes y, por lo tanto, necesitan aproximaciones diferentes hacia la construcción de paz. Estas aproximaciones van desde la negociación en las esferas de alto nivel hasta los procesos de base que ayuden a superar los traumas psicosociales causados por la violencia.

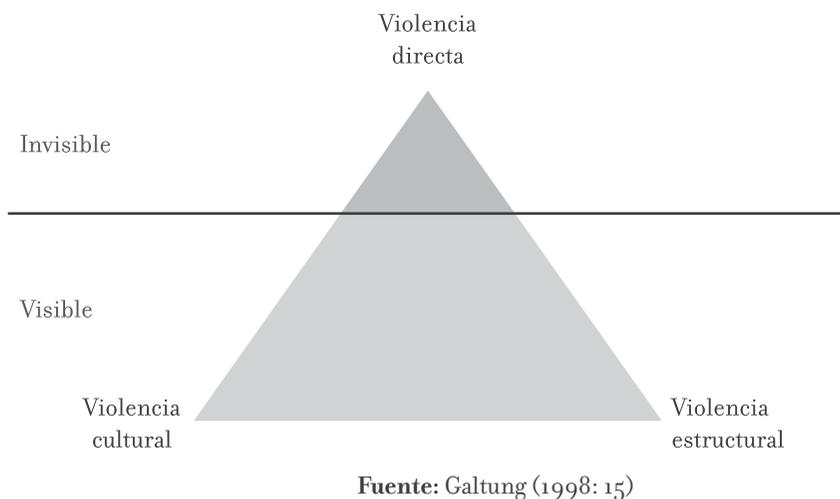
Las 3R: Reconstrucción, reconciliación y resolución

Otro enfoque importante que se da en los debates teóricos sobre la noción de pos-conflicto es el defendido por el teórico noruego Johan Galtung. Para Galtung el proceso de construcción de paz necesita asegurar la no utilización de la violencia para resolver el conflicto. El proceso tratará de consolidar la paz ‘después de la violencia’ para que no se considere “antes de la violencia” (Galtung, 1998: 13).

Todo conflicto se caracteriza por la presencia de violencia, de modo que Galtung invita a un análisis de la situación violenta, basándose en lo que se conoce como el “triángulo de la violencia”.

FIGURA 2

El “triángulo de la violencia” de Johan Galtung



Este triángulo presenta las diversas modalidades de violencia presentes en un conflicto. Cada tipo de violencia limita de un modo distinto la capacidad del ser humano. La violencia directa es la violencia física o verbal, que se presenta de manera visible a través de conductas. La violencia estructural está presente en las limitantes y contradicciones de las estructuras sociales (i.e pobreza, discriminación). Por último, la violencia cultural legitima el uso de la violencia por medio de valores y actitudes que estarían situadas en nuestros rituales y creencias culturales.

Según Galtung (1998: 17), estos tres tipos de violencia se relacionan entre sí para formar un mapa del conflicto y cada una de ellas da lugar a un esfuerzo distinto en el proceso de construcción de paz:

- *Reconstrucción* tras la violencia directa;
- *Reconciliación* tras la violencia cultural;
- *Resolución* tras la violencia estructural.

Así, la reconstrucción es definida como el esfuerzo de reparación de daños materiales y de nuevas formas de hábitat natural. Además, incluye la rehabilitación, esto es, el esfuerzo de curar a los heridos y víctimas (Galtung, 1998).

En todo caso, para Galtung es importante realizar los tres esfuerzos que conducen a un proceso de construcción de paz adecuado, resultado del carácter interrrelacionado de los distintos tipos de violencia. Sin embargo, no se limita a presentar estos dos conceptos como claves para entender la reconstrucción. Las violencias están relacionadas entre sí, por lo que la reconstrucción deberá someterse a procesos culturales y estructurales. Es decir, la reestructuración presenta la formación y solidificación de estructuras democráticas que avancen en la eliminación de la discriminación. Por último, deberá darse un proceso de *reculturización*, o un avance hacia una cultura de paz (Galtung, 1998).

La reconciliación es definida como el proceso de cierre y curación de estructuras sociales. En este sentido, Galtung señala la necesidad de llevar a cabo un completo proceso de reconciliación, aunque es impreciso a la hora de presentar un plan concreto. Esto es, se limita a plantear distintos enfoques y formas de entenderla.

Es por lo anterior que el concepto final presenta la reconciliación como todo proceso a partir del cual las personas se sienten actores claves en el proceso de construcción de paz. De esta manera, para Galtung el único proceso factible de construcción de paz resultaría de una combinación de diferentes aproximaciones a la reconciliación que serían:

- 104
- Enfoque exculpatorio (o totalmente culpatorio), en el que la responsabilidad se abandona o se asume globalmente.
 - Enfoque reparación/restitución, en el que el victimario paga los daños ocasionados a la víctima.
 - Enfoque disculpa/perdón, en el que hay un pago cultural hacia la víctima.
 - Enfoque penitencial y punitivo, en el que el victimario sufre las consecuencias del sistema judicial clásico.
 - Enfoque histórico y teatral, en el que se da importancia a la memoria para llegar a la no repetición.
 - Enfoque conjunto, en el que todos los actores son parte del esfuerzo de construcción de paz.
 - Enfoque holístico u “*Ho’o ponopono*”, en el que se da un proceso de rehabilitación tanto a la víctima como al victimario a través de una reconstrucción conjunta de los hechos.

Estos enfoques, detallados más profundamente en el capítulo VIII de la obra de Galtung, recogen distintas formas que aparecen en los diferentes episodios de la reconciliación, pero que no alcanzan a esbozar un panorama concreto. De hecho, el

investigador noruego es consciente de esa limitación y tampoco presenta una propuesta al respecto.

Por último, se presenta la necesidad de la resolución del conflicto. Para ello, Galtung (1998) presenta una definición básica de conflicto: una incompatibilidad en el triángulo actitudes-conducta-contradicción. El conflicto puede ser un elemento constructivo que facilite el avance de una sociedad dada y, por lo tanto, el objetivo de la resolución del conflicto no es que este desaparezca, sino que se transforme en un elemento positivo.

El conflicto es problemático cuando va asociado al uso de la violencia, tanto directa como estructural y cultural. Para responder a los distintos tipos de violencia el autor propone aplicar distintos métodos de acción. Por ejemplo, frente a la violencia directa, Galtung sugiere la aplicación de la no-violencia, para la violencia estructural la creatividad y para la violencia cultural la empatía (Galtung, 1998; Galtung, 2003).

Galtung propone que para realizar un proceso de construcción de paz correcto, estas tres R (reconstrucción, reconciliación y resolución) deben ir de la mano e implementarse de forma paralela y simultánea. Es tan negativo comenzar por una de ellas solamente, así como no aplicar ninguna (Galtung, 1998). El objetivo final del proceso de construcción de paz sería la transformación del conflicto, convirtiéndolo en algo constructivo para la sociedad. Esto se entiende como el escenario transformado en el cual los diferendos sociales no se dirimen bajo la violencia. La clave es la aplicación de estos conceptos, ya que a través de la práctica es como se consigue una adecuada implementación de los mismos. Finalmente, se indican los actores adecuados para tal efecto, que son los mismos actores del conflicto. A tal efecto, señala que los demás actores típicos de un proceso de construcción de paz son útiles, pero estos deberían realizar solamente labores de acompañamiento dejando el papel principal a los actores que han sido protagonistas del conflicto (Galtung, 1998).

105

Otras consideraciones teóricas sobre la paz

Tanto Lederach como Galtung son considerados autores seminales en lo que a construcción de paz se refiere. Es a partir de sus ideas que aparecen diversos conceptos que no han sido tratados en profundidad por los mismos. La mayoría de estos conceptos aparecen en dos grandes obras editadas: *Turbulent Peace*, (Crocker et al.,

2001) y *Managing Conflict in a World Adrift*, editado por los mismos autores de la obra anterior (Crocker et al., 2015).

En la primera obra se plantean los desafíos para alcanzar la construcción de paz después de un largo periodo de guerra (Ball, 2001, p. 723), estos son:

- Seguridad que permita la actividad económica civil
- Fortalecer la capacidad de acción gubernamental
- Asistir en el regreso de refugiados y desplazados
- Fortalecer las economías familiares
- Recuperación del tejido comunitario
- Reconstrucción de estructuras vitales para la economía
- Desminado
- Rehabilitar instituciones financieras
- Reconciliación nacional
- Priorizar zonas y grupos afectados por la violencia

106

La autora hace hincapié en la necesidad de contar con una economía fuerte y saneada como principio regulador; una aproximación que controvierte con los enfoques clásicos de Lederach y Galtung. Aun así, apunta a no sobreestimar el poder de la recuperación económica, sobre todo en momentos de pos-acuerdo (Ball, 2001, 724). De igual forma, la autora apunta a dos principios importantes: la creación de un sector de seguridad saneado y competente, por medio de procesos de reintegración de excombatientes (tanto gubernamentales como ilegales) y una profesionalización del mismo, así como una activa participación de los donantes internacionales.

Dicha participación debería realizarse a través de acuerdos estables y permanentes entre actores externos (cooperaciones gubernamentales, ONGs) y actores internos (Estado, asociaciones comunitarias). Todo esto con el objetivo de crear oportunidades que apoyen el correcto funcionamiento de las instituciones gubernamentales.

Otra contribución interesante es la realizada por Roland Paris, la cual apunta hacia los problemas que aparecen dentro del modelo liberal del posconflicto. El autor se centra en la idea *wilsoniana* de crear procesos democráticos en países en conflicto como la vía que facilite una paz duradera. El autor subraya que los esfuerzos por crear democracias liberales de mercado en varios Estados en guerra han tenido resultados contrarios a los deseados (Paris, 2001: 767). La causa de ello ha sido el no

tener en cuenta las estructuras culturales y políticas de las sociedades en conflicto, muchas de ellas contrarias a la aplicación de preceptos estrictamente liberales.

Según lo anterior, ¿cuál es la alternativa para construir una democracia o incluso una paz estable y duradera? El autor presenta la posibilidad de crear una hoja de ruta hacia la democratización a largo plazo que esté basada en instituciones fuertes capaces de 'dirigir' los esfuerzos de la sociedad en ese sentido (Paris, 2001: 776). Esfuerzos que, necesariamente, deben darse en torno a tres aspectos: político, económico y organizacional.

En el aspecto político se deberían construir y promocionar estructuras sólidas y fuertes que defiendan la pluralidad y limiten el poder de partidos extremistas. En lo económico, se deberían crear planes para las sociedades en recuperación. Esto supondría un abandono de las clásicas políticas de las organizaciones internacionales y sus planes de ajuste estructural, enfocándose más en subsanar la pobreza y las desigualdades sociales. Por último, habría que generar misiones de construcción de paz de muy largo plazo con un notable grado de colaboración por parte de la comunidad internacional pero, igualmente en la dimensión nacional. Solo así se podría alcanzar el esperado estado de pluralidad democrática (Paris, 2001).

Un aspecto principal para entender el proceso de construcción de paz es el papel y el tipo de justicia que se utiliza. Este concepto, clave para avanzar en un proceso de construcción de paz, es extremadamente polémico. Galtung ya esbozaba sus impresiones en su capítulo sobre reconciliación. Por ejemplo, Stromseth (2015) avanza al respecto al hablar de la justicia transicional como elemento de construcción de paz. Para la autora, la justicia transicional busca generar espacios de verdad y petición de responsabilidades después de períodos largos de conflicto para llegar a la reconciliación. Para ello, se generan varios mecanismos, como las comisiones de verdad, juicios criminales y reparaciones integrales a las víctimas (Stromseth, 2015: 574).

En los últimos años ha habido varias formas de llegar a estos mecanismos. Por un lado, a través de la creación de cortes criminales internacionales híbridas – como la Corte Penal Internacional – y la necesidad de hacer llegar estos mecanismos de justicia a las comunidades afectadas por la violencia (sin quedarse solo a nivel macro). Por otro lado, por medio de la creación de mecanismos combinados de justicia transicional (Stromseth, 2015).

Sin embargo, la justicia transicional no está exenta de desafíos. Los más prominentes son la tensión entre justicia y paz (impunidad vs acuerdo), donde se da el apropiamiento de los procesos judiciales (Estado vs comunidad) o la reforma del poder judicial (Stromseth, 2015: 578-583). Para la autora la justicia transicional

se ha convertido en parte indispensable para llevar a cabo un proceso correcto de construcción de paz, por lo que hay que desarrollar enfoques que alivien los desafíos mencionados, pues la inaplicación de los mismos podría poner en riesgo cualquier momento de posviolencia.

Una aproximación práctica al caso colombiano: el caso de Nariño

Lo expuesto anteriormente satisface la necesidad académica de realizar una radiografía a los debates teóricos que giran en torno al posconflicto y que, particularmente, ameritan de un mayor empleo de la noción ‘construcción de paz’. De lo planteado surgen diversos cuestionamientos pertinentes y viables frente a un escenario en constante transformación.

108 El actual proceso de diálogo que transcurre en La Habana con las FARC ha dirigido los debates sobre el posconflicto a una posición nuclear. Sin embargo, en un país en el que se superan las 1.000 víctimas mortales directas por el conflicto, se superan las 1.000 acciones guerrilleras unilaterales, y se sigue afectando a casi un 20% del conjunto del territorio nacional – además de presentarse otras dimensiones, como más de 70.000 desplazamientos forzados –, proponer debates cortoplacistas sobre la construcción de paz, es casi una irresponsabilidad (Ríos, 2015).

Buena prueba de ello lo supone el departamento de Nariño. Un departamento en el que las dinámicas de la violencia, tanto directa como estructural, ameritan establecer cautelas en cuanto a entender la realidad de un proceso de construcción de paz y su alcance en la realidad colombiana.

Si bien Nariño resultó ser en los años noventa un corredor estratégico, especialmente en la ubicación suroccidental de las FARC, desde mediados de la década pasada se ha venido consolidando, paulatinamente, como uno de los escenarios que permiten entender la nueva cartografía del conflicto armado en Colombia, y que muy particularmente se concentra en la vertiente del Pacífico colombiano (Echandía, 2006; Salas, 2012; Ríos, 2014).

En este sentido, varias son las cuestiones que se pueden destacar con el firme propósito de entender las perspectivas de superación y desactivación del conflicto armado. En primer lugar, Nariño es un enclave de alto valor de violencia directa, ejercida por el Frente 29 de las FARC, que se traduce en el número de acciones unilaterales de los grupos armados que allí operan. Así, el departamento ha veni-

do consolidando un auge en las acciones unilaterales del ELN, especialmente su Frente Comuneros del Sur, el cual se estima ha tenido una relación creciente no solo con la minería ilegal del departamento sino, igualmente, con los cultivos de coca que allí operan.

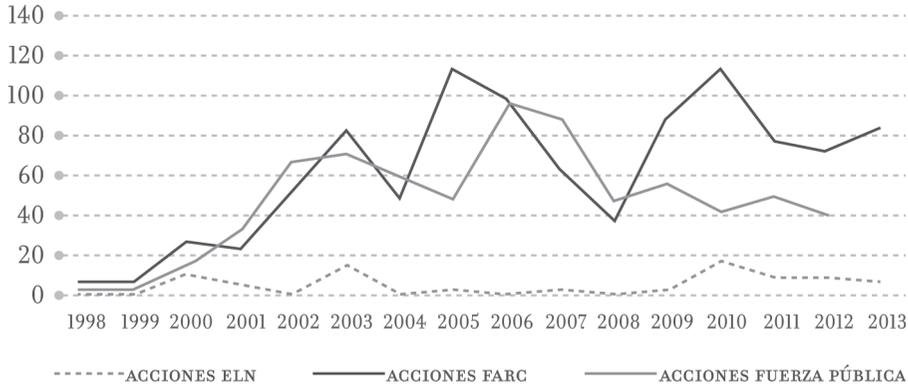
Tras su repliegue durante los años de mayor hostigamiento por parte del paramilitarismo y la Fuerza Pública (entre 2006 y 2009) pareció que el grupo presentó los mayores golpes a su estructura, no obstante, todo indicó que la guerrilla pudo recuperarse de manera estratégica. Hasta el punto de que en 2010 la Fuerza Pública protagonizó hasta 18 acciones unilaterales en distintos frentes de batalla con grupos ilegales y en ese orden en un contexto igualmente de confrontación con las FARC, y con un nivel de virulencia estable, que hasta el año 2013 se ha traducido en 23 acciones más (Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, 2014; Revista Criminalidad, 2014).

Las FARC han mostrado una mayor beligerancia, pues en el transcurso de la década pasada terminaron por consolidarse como actores hegemónicos locales del conflicto. Sin embargo, a finales de los noventa apenas llegaban a diez las acciones guerrilleras unilaterales. Estas acciones aumentaron vertiginosamente tras la llegada del paramilitarismo y de la Política de Seguridad Democrática al departamento hasta superar el centenar de acciones en 2005 y 2006. Incluso, y a pesar de la reducción cualitativa de las FARC vivida en 2007 y 2008, lejos de mostrar signos de debilidad en el departamento, nuevamente, entre 2010 y 2013, se acumularon un total de 374 acciones armadas de las FARC, lo cual convierte al departamento en uno de los bastiones territoriales de mayor importancia para esta guerrilla (Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, 2014; Revista Criminalidad, 2014).

Lo más preocupante es que Nariño dista mucho de haberse consolidado territorialmente en favor del Estado pues, si bien hasta 2007 pareció llevarse a cabo una tendencia creciente en el número de operativos de la Fuerza Pública para reducir la capacidad de combate y de control territorial de las guerrillas. Así, en la actualidad el número de operativos contra las FARC y el ELN está en más de un 50% por debajo de lo que estaba hace, tan solo, cinco años, lo cual, cuando menos, deja la puerta abierta a ciertos cuestionamientos, tal y como plantea el siguiente gráfico.

GRÁFICO 1

Evolución de las acciones violentas en Nariño (1998-2013)



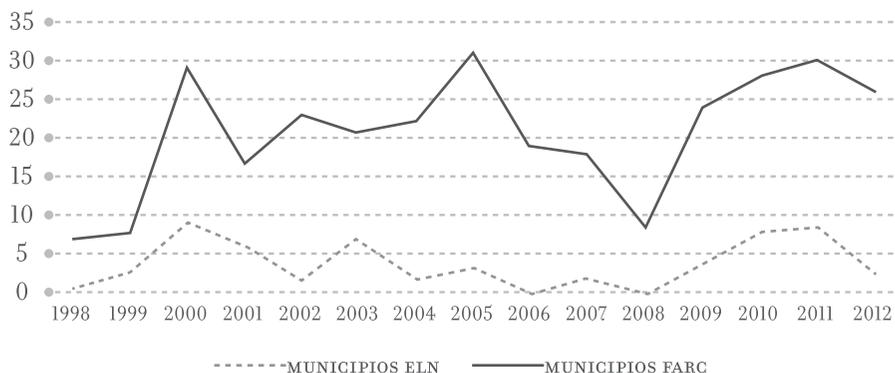
Fuente: Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, 2014; Revista Criminalidad, 2014.

110 La prevalencia de las acciones guerrilleras, tradicionalmente, y casi como constante, ha estado muy por encima del grueso de los operativos y acciones de la Fuerza Pública. Las Farc condensan una notable presencia territorial en un departamento de 64 municipios. Tan solo entre los años 2011 y 2013, por ejemplo, ha afectado a la mitad de dichos municipios.

Es decir, la presencia municipal de las Farc afecta, en la actualidad, a un total de 32 municipios y, muy particularmente, a Barbacoas, El Charco, El Rosario, Ipiales, Magüí Payán, Mallama, Ricaurte, Roberto Payán, Samaniego, Tumaco, Santa Cruz y Túquerres. El ELN tiene una presencia municipal, más reducida, que afecta a otras 9 localidades, aunque en unos términos de beligerancia nada comparables a los de las Farc. Los municipios con especial presencia del ELN son Barbacoas, Guaitirilla, Ipiales, La Florida, Providencia, Ricaurte, Tumaco, Santa Cruz y Túquerres.

GRÁFICO 2

Evolución de la presencia municipal de las guerrillas en Nariño (1998-2012)



Fuente: Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, 2014; Revista Criminalidad, 2014.

Habría que adicionar la violencia que ejerce el pos-paramilitarismo articulado a través de las Bandas Criminales – Bacrim. El paramilitarismo tuvo un especial arraigo en el departamento tras la llegada del Bloque Libertadores del Sur (una estructura creada por los hermanos Castaño, en 1999, como parte de su plan de expansión de las AUC en el resto del país). Este BLS se organizaba en torno a tres frentes – Héroes de Tumaco y Llorente, Lorenzo Aldana y las Brigadas Campesinas Antonio Nariño –, y su financiación provenía tanto de la extorsión como del narcotráfico (especialmente activo en Tumaco, Barbacoas, Samaniego, Ipiales, Túquerres y La Unión).

En estos municipios el paramilitarismo protagonizó, entre 1999 y 2005, hasta 16 masacres que dejaron un saldo de 125 muertos. Estas masacres fueron especialmente intensas entre los años de 2001 y 2003 (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2014).

El paramilitarismo tuvo un importante arraigo territorial en poblaciones como Francisco Pizarro, Mosquera, Roberto Payán, Llorente, Pasto, Taminango, Ricaurte, Policarpa, Magüí Payán, Olaya Herrera, Santa Bárbara y La Tola. Sin embargo, tras su desmovilización al amparo de la Ley de Justicia y Paz, Ley 975 de 2005, el departamento no fue ajeno al fenómeno de las Bacrim. Como señala Indepaz (2013), hay una importante presencia de este tipo de grupos armados al margen de la ley, herederos directos de la estructura paramilitar.

TABLA 1

Presencia de grupos pos-paramilitares en Nariño (2008-2012)

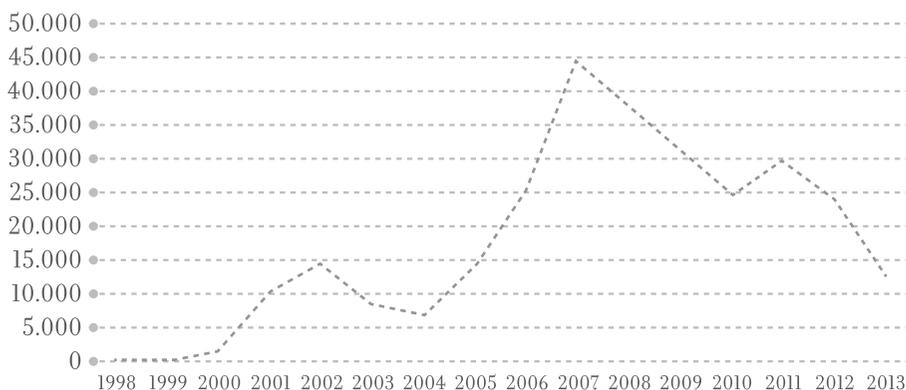
	TOTAL DE MUNICIPIOS	NÚMERO DE MUNICIPIOS CON ACTIVIDAD PARAMILITAR					% DE AFECTACIÓN MUNICIPAL POR ACTIVIDAD PARAMILITAR				
		2008	2009	2010	2011	2012	2008	2009	2010	2011	2012
		Nariño	64	13	18	24	28	26	10	28	37

Fuente: Indepaz (2013)

En la actualidad esta presencia descrita afecta a un 95% de los municipios que sufrieron la violencia del Bloque Libertadores del Sur y que actualmente se disputan, por un lado, Los Rastrojos, con reductos de Los Paisas, y por otro, alianzas de las FARC con reductos de las Águilas Negras. Asimismo, por la misma confluencia de actores involucrados, se pueden comprender las ingentes cantidades de desplazamiento forzado que sigue experimentando el departamento.

GRÁFICO 3

Evolución del desplazamiento forzado en Nariño (1998-2013)



Fuente: Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, 2014.

Tal es la magnitud del conflicto armado y de la violencia directa derivada de la confluencia de guerrillas, pos-paramilitares y Fuerza Pública, que entre 2011 y 2013 el departamento se consolidó como el mayor expulsor de desplazados de todo el país, superando, solo en estos tres años, los 65.000 desplazamientos forzados. Este departamento concentró, únicamente en 2013, un total de 12.472 casos del total de 70.760 desplazamientos forzados del país.

Buena parte del arraigo de la violencia en el departamento se debe a su condición fronteriza, la cual ofrece ventajas comparativas con respecto a otros escenarios, así como su compleja geografía selvática y montañosa. Sin embargo, un hecho muy significativo reposa en el volumen de hectáreas cultivadas de coca que, muy posiblemente, sea el mayor atractivo de los grupos armados.

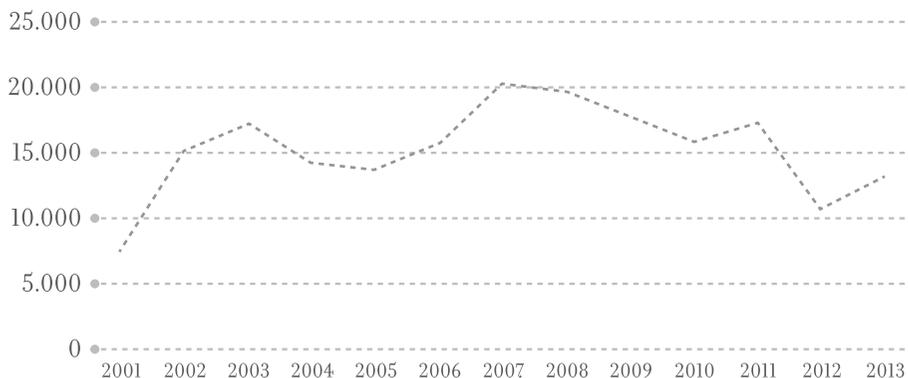
Los reportes anuales que realiza UNODC (2013) evidenciarían tres hipótesis fundamentales. En primer lugar, el importante arraigo que los cultivos han experimentado en el departamento. En segundo lugar, la absoluta ineficacia de las políticas de aspersión con glifosato, que en absoluto han mermado los niveles de hectáreas con cultivos de coca. Y por último, la cercanía entre el activismo guerrillero y pos-paramilitar, y la concurrencia de cultivos. Esta última, se contrasta tanto con base en las cifras y datos objeto de estudio, como de acuerdo con algunas entrevistas y encuestas realizadas en una investigación paralela de uno de los autores de este trabajo.

113

Nariño se ha venido consolidando como un enclave nuclear de cultivos de coca, tal y como muestra el siguiente gráfico.

GRÁFICO 4

Evolución del número de hectáreas de coca cultivadas en Nariño (1998-2013)



Fuente: Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, 2014.

114

Tal y como puede observarse, la tendencia, creciente desde 2001, ha sido estable en el departamento, hasta el punto que, en el 2013, el departamento registró un total de 13.177Ha cultivadas con coca, lo cual se traduce en dos datos más que significativos. Por un lado, Nariño es el departamento con mayor presencia de cultivos de coca de todo el país – de hecho, Tumaco es el primer municipio productor de coca – y por otro lado, después de Putumayo, se ha convertido en el departamento con mayor incremento de superficie cultivada entre 2012 y 2013 (con un aumento que se traduce en un 23%, y que afectaría a más de 2.000Ha).

El caso de Nariño pone en evidencia el fracaso de las políticas de aspersión aérea, en la medida en que, tras doce años de más de 400.000Ha asperjadas con glifosato, los niveles de cultivo en el 2013 casi duplican a los de 2001. Quizás lo anterior facilite comprender por qué recientemente el gobierno de Juan Manuel Santos decidió cesar las aspersiones con glifosato.

Con base en lo anterior, la relación entre violencia directa y presencia de cultivos es una hipótesis que, al menos en Nariño, obedece a lógicas tangibles. Si se toma como muestra el año 2012, UNODC identificaba 21 municipios, sobre el total de 64, con presencia de cultivos ilícitos. De estos, destacaban, por las dimensiones de sus cultivos, Barbacoas (1.815Ha), El Charco (702Ha), Magüi Payán (494Ha), Olaya Herrera (712Ha), Roberto Payán (460Ha) y Tumaco (5.065Ha).

Tal es el factor de atracción de las 150 acciones protagonizadas por las Farc en Nariño. Por ejemplo, solo entre 2011 y 2012, 129 acciones se concentraron en los municipios con presencia de cultivos ilícitos. Tumaco (34) sigue siendo el enclave prioritario dado que en estos dos años se acumuló una superficie cultivada que se eleva por encima de las 10.000 Ha. Igualmente, la región conformada por los municipios de Barbacoas, Olaya Herrera, Magüí Payán y Roberto Payán, acumularon durante esos dos mismos años un total de 28 acciones armadas sobre una extensión de cultivos ilícitos que también superó las 10.000 Ha⁵. Además, se consolidaron otros nuevos escenarios de violencia y producción de coca, como El Rosario (4), con 203Ha cultivadas en 2011; Ipiales (9), con una plantación de coca que ascendió a 247Ha en 2011 y 163Ha en 2012; Ricaurte (17) con 129Ha acumuladas en estos dos años. En Santa Bárbara se registraron 2 acciones armadas así como un número de cultivos ilícitos que dejó un total de 587Ha en 2011 y 294Ha en 2012. Coincidencia similar ocurriría con la presencia del ELN en el departamento.

Otro sector que ha venido experimentando un importante auge es la minería ilegal. Durante la década pasada este mercado se incrementó sustancialmente, pues pasó de 16.000 pesos el gramo, hacia el año 2000, a 87.000 pesos en 2013. La minería es un sector desregulado en la práctica, con notables dosis de informalidad —se estima que más de la mitad de la producción aurífera es ilegal—, por lo que es de entender el interés que la minería ilegal supone para las Farc, ELN y grupos pos-paramilitares. Incluso, debido a la debilidad y la corrupción institucional, hay títulos mineros — dispuestos de manera oficial — que benefician a algunos de estos grupos. Este es un problema que, muy particularmente, afecta a municipios como Magüí Payán, La Llanada o Iscuandé.

Con el ánimo de profundizar en las aseveraciones expuestas, en una investigación se encuestó a siete alcaldías de Nariño para que expusiesen sus consideraciones y percepciones respecto a la eventualidad de un escenario de posconflicto o construcción de paz. Las respuestas (que sirven de muestra) permiten reforzar los argumentos de la hipótesis del presente capítulo.

La investigación mencionada se realizó a partir de un trabajo de campo que integraba a 221 alcaldías del país. Se prestó particular atención a los cuestionarios en Nariño. La encuesta preguntaba sobre cuál era el impacto de ciertos problemas de la gobernabilidad local (sobre una valoración de 0 a 10) en la zona. Los datos que arrojó esta encuesta en Nariño fueron: el desempleo (7.23), la pobreza (7.88), la

5 En el caso particular de estos cuatro municipios, la superficie cultivada solo entre 2011 y 2012 sería de 5.008 Ha en Barbacoas, 2.057 Ha en Magüí Payán, 1.816 Ha Olaya Herrera y, por último, 2.518 Ha en Roberto Payán.

desigualdad (6.33), la presencia de grupos armados (6.96), la ausencia del Estado (8.00), la corrupción (6.16) o la concurrencia de cultivos (5.66). Nariño presentaba los más altos niveles de preocupación de las alcaldías del país.

Igual de preocupante son las valoraciones relacionadas al fortalecimiento institucional durante los últimos quince años (4.57) o las expectativas favorables frente a un marco de superación de la violencia (3.14). Estos indicadores reflejan la grave situación de la región que limita una posible construcción de paz.

Es decir, la violencia estructural de Nariño es una de las más altas en todo el país, por ejemplo, los Índices de Desarrollo Humano están en un 0.773 y los de Necesidades Básicas Insatisfechas en un 59,32. Esta realidad encuentra un punto de confluencia con la violencia directa y con las fuentes de poder económico – especialmente cultivos ilícitos y minería ilegal –, que impide generar escenarios óptimos para alcanzar una paz duradera.

Conclusiones

En la actualidad la tensión académica sobre la construcción de paz se centra en la superación del antiguo paradigma de la construcción de paz liberal (Mac Ginty, 2006; Richmond, 2005, 2008; Woodhouse et al., 2011). Este paradigma clásico implica un excesivo centralismo en estructuras políticas estatales y mecanismos de economía de mercado. Tanto Oliver Richmond como Roger MacGinty señalan los peligros de este enfoque, tanto en la ignorancia de las comunidades de base, como en la excesiva dependencia de los organismos internacionales (Mac Ginty, 2006; Richmond, 2008).

Como alternativa, se busca un modo de construcción de paz que identifique los distintos mecanismos de opresión, hegemonía y dominación en una sociedad dada (Richmond, 2008, p. 163), para proponer una resolución adecuada a los mismos. Por tanto, la construcción de paz debería ser producto de una negociación entre discursos sociales, no un mero ejercicio técnico de implementación de políticas públicas (Woodhouse et al., 2011, p. 231).

Como respuesta a esta necesidad, Woodhouse y otros proponen un sistema híbrido de construcción de paz, que ellos llaman construcción de paz desde abajo (*Peacebuilding from below*) (Woodhouse et al., 2011, p. 233). La construcción de paz desde abajo se fundamenta en una apropiada implementación de acuerdos de paz y en el empoderamiento de las estructuras comunitarias y locales. Para los autores, es importante incorporar los conocimientos locales en el proceso de construcción de paz (Woodhouse et al., 2011: 233). Este sistema amplía la construcción de paz sostenible que se basa en iniciativas creadas desde la sociedad civil, de modo que el objetivo final sea llegar a la construcción de paz negociada, en la que los esfuerzos comunitarios estén totalmente vinculados con las dinámicas de las élites y viceversa (Woodhouse et al., 2011: 236).

Básicamente ese esfuerzo busca crear canales de comunicación fluidos entre los distintos niveles de actores presentes en el proceso de construcción de paz: Altos dirigentes, líderes medios y líderes locales (Lederach, 1998). Aunque se plantea como una evolución de los esfuerzos clásicos de construcción de paz basados en acuerdos entre élites, los autores no niegan la presencia de obstáculos importantes en forma de barreras locales. En particular mencionan la polarización inherente de una sociedad que ha vivido largo tiempo bajo el conflicto armado (Woodhouse et al., 2011: 237).

Asimismo, es importante mencionar los esfuerzos en educación para la paz en los procesos de construcción de paz. Esto es reciente, pero en los últimos años se ha vuelto una idea central dentro de la investigación por la paz. La educación para la paz es una gran oportunidad para inculcar valores de no-violencia y de paz en una sociedad que ha sufrido el conflicto armado (Woodhouse et al., 2011: 239).

Lo cierto es que, mayoritariamente, nada de lo anterior está presente en el proceso actual de negociación de La Habana con las Farc que mantiene la actual presidencia colombiana de Juan Manuel Santos. Hasta el momento, ningún pronunciamiento oficial y ninguna posición marcada ante los medios de comunicación parece haber hecho valer los parámetros expuestos en cuanto a construcción de paz (un concepto cuya discusión profunda se encuentra más que avanzada en el seno de la academia).

Reducir el posconflicto y la construcción de paz a un escenario futuro, indeterminado, impreciso y venidero, implica desatender el factor dinámico y evolutivo que acompaña a los procesos de construcción de paz e, igualmente, a sus dinámicas tanto *top-down* como *bottom-up*. De hecho, muchas de las bases que han sido reivindicadas como *condictio sine qua non* a efectos de construir paz, se alejan mucho de la realidad colombiana.

118 El caso de Nariño sirve para evidenciar esta afirmación. Nariño es un caso revelador y paradigmático respecto al tipo de violencia que predomina en muchos escenarios del país. Violencia que, de maneras similares, se puede encontrar en los departamentos del Pacífico colombiano – Cauca, Valle del Cauca o Chocó-, o en otros como Caquetá, Putumayo, Arauca o Norte de Santander.

Mientras las cuestiones referidas no resulten abordadas de manera integral, la paz se vuelve más un ideal normativo que una realidad, tal y como evoca el particular caso de Nariño. Colombia se encuentra hoy en día más próxima a mimetizar las experiencias violentas que sobre la base de escenarios de pos-acuerdo, ya sufrieron, por ejemplo, los países de América Central, que de servir como arquetipo o referente en lo que a construcción real de paz se trata.

Referencias

- Ball, N. (2001). The challenge of rebuilding war-torn societies. In C. A. Crocker., F. Osler Hampson., & P. Aall (Eds.), *Turbulent Peace. The challenges of managing international conflict*. Washington D.C.: USIP.
- Crocker, C. A., Osler Hampson, F., & Aall, P. (Eds.). (2001). *Turbulent Peace. The challenges of managing international conflict*. Washington D.C.: USIP.
- Crocker, C. A., Osler Hampson, F., & Aall, P. (Eds.). (2015). *Managing conflict in a world adrift*. Washington D.C.: USIP.
- Echandía, C. (2006). *Dos décadas de escalamiento del conflicto armado en Colombia 1986-2006*. Bogotá: Universidad Externado.
- Echandía C., Bechara, E., & Cabrera, I. (2010). Colombia: Estado del conflicto armado al final de la Administración de Álvaro Uribe. En H. Mathieu., & C. Niño (Eds.), *Seguridad regional en América Latina. Anuario 2010*. (pp.136-172). Bogotá, Colombia: Friedrich Ebert Stiftung en Colombia.
- Fisas, V. (2002). *Cultura de paz y gestión de conflictos*. Barcelona: Icaria.
- Fitzduff, M. (2004). *Civil Societies and Peacebuilding- the new Fifth Estate?* Artículo presentado en el Seminar on Civil Society-UN Interaction for Conflict Prevention. Recuperado de <http://goo.gl/sAZypn>
- Galtung, J. (1998). *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*. Gernika: Gernika Gogoratuz.
- Galtung, J. (2003). *Paz por medios pacíficos. Paz y conflicto, desarrollo y civilización*. Gernika: Gernika Gogoratuz.
- Kaldor, M. (1998). *New & old wars*. London: Polity Press.
- Lederach, J. P. (1998). *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*. Gernika-Lumo: Gernika Gogoratuz.
- Lederach, J. P. (2005). *The Moral imagination: The art and soul of building peace*. Oxford: Oxford University Press.
- Lederach, J. P., & Lederach, A. G. (2014). *Cuando la sangre y los huesos claman. Travesías por el paisaje sonoro de la curación y la reconciliación*. Gernika-Lumo: Gernika Gogoratuz.

- Mac Ginty, R. (2006). *No War, No Peace: The rejuvenation of stalled peace processes and peace accords*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Paris, R. (2001). Wilson's Ghost: The faulty assumptions of postconflict peacebuilding. En C. A. Crocker., F. Osler Hampson., & P. Aall (Eds.), *Turbulent Peace: The challenges of managing international conflict*. Washington D.C.: USIP.
- Richmond, O. (2005). *The transformation of peace*. Basingstoke: Palgrave.
- Richmond, O. (2008). *Peace in International Relations*. Londres: Routledge.
- Ríos, J. (2015). La Política de Seguridad Democrática. Una condición necesaria en la comprensión del actual diálogo de paz con las FARC. En J. Ríos et al., (Eds.), *La arquitectura de la violencia y la seguridad en América Latina*. (pp. 39-67). Madrid: La Catarata.
- Roper, M., Ashplant, T. G., & Dawson, G. (Eds.). (2004). *Commemorating War: The politics of memory*. New Jersey: Transaction Publisher.
- Salas, L. G. (2010). Corredores y territorios del conflicto armado colombiano: una prioridad en la geopolítica de los actores armados. *Perspectiva Geográfica*, 15, 9-36.
- Salas, L. G. (2015). Lógicas territoriales y relaciones de poder en el espacio de los actores armados: un aporte desde la geografía política al estudio de la violencia y el conflicto armado en Colombia, 1990-2012. *Cuadernos de Geografía*, 24(1), 157-172.
- Stromseth, J. E. (2015). Peacebuilding and transitional justice. En C. A. Crocker., F. Osler Hampson., & P. Aall (Eds.), *Managing conflict in a world adrift*. Washington D.C.: USIP.
- United Nations Office on Drugs and Crime (2013) *Colombia. Monitoreo de cultivos de coca 2012*. Viena, Austria: UNODC.
- United Nations Office on Drugs and Crime (2014) *Colombia. Monitoreo de cultivos de coca 2013*. Viena, Austria: UNODC.
- Vinyamata, E. (2001). *Conflictología. Teoría y práctica en Resolución de Conflictos*. Barcelona: Ariel.
- Woodhouse, T., Ramsbothan, O., & Miall, H. (2011). *Contemporary Conflict Resolution* (Third Edition ed.). Cambridge: Polity Press.